

EL IMPERIALISMO

Jorge Rivadeneyra
IIES, UCV

*"El anti-imperialista Chávez está dispuesto a arrodillarse
a fin de conseguir una entrevista
con el Presidente de Estados Unidos"
Domingo Alberto Rangel,
"Alzado Contra Todo".*

Lenin definió al imperialismo como la concentración del capital financiero administrado por un estado mayor, como por ejemplo el FMI, o por un Estado hegemónico, por ejemplo Estados Unidos. Denominó a esta situación "fase superior del capitalismo", y de acuerdo a una concepción evolucionista de la historia, consideró que ésa era la etapa final del capitalismo. Sin embargo, como el capitalismo no se desplomaría espontáneamente, era indispensable prepararse para *la lucha final*, como consta en la estrofa del himno de la revolución proletaria llamado "La Internacional", o si se quiere como también lo anuncia el mito cristiano con el nombre de *juicio final*.

A pesar de esas profecías, el capitalismo no se ha derrumbado, y no sólo eso sino que se dio el gustazo de contribuir a la muerte de los países comunistas y de asistir a sus funerales. Marx tenía razón: la historia no marcha de acuerdo a los proyectos humanos. No funciona la teleología.

Por cuanto el imperialismo es la concentración del capital financiero, concentración densa, sumamente compacta, como dizque ocurre con la gravedad en los agujeros negros, ese imperialismo es tan omnipotente que con frecuencia pareciera que cuando se dice imperialismo se está hablando de Dios, o mejor dicho del Demonio porque de acuerdo a nuestra cultura cristiana, sólo el Demonio es el símbolo de la maldad universal.

Antes se suponía que el capital financiero tiene su sede en la Quinta Avenida de New York. De haber sido así hubiese sido suficiente que algún Bin Laden, cómodamente camuflado en algún recoveco de la Cuarta Avenida, dispere su misil terrorista hacia la Quinta Avenida, y sanseacabó. Pero los turistas, al regreso de sus viajes a New York, en el curso de fatigosas conversaciones, han declarado que la Quinta Avenida sólo es una avenida, que allí no hay nada que se parezca a la sede del imperialismo; que es muy posible que, como el mismísimo Demonio, esté en todas partes, incluso en la alta tecnología de los *mass media* por donde se difunden los discursos de quienes lo combaten. Es decir que se ha instalado en el más peligroso de los lugares: en la mente de amigos y enemigos.

Con el propósito de objetivarlo, sobre todo cuando se dan clases a los muchachos de la educación media y superior, algunos profesores cambian el nombre y en vez de imperialismo hablan de transnacionales, aludiendo a esos imperios sin fronteras constituidos por una inmensa red bancaria y empresarial, y esto porque se supone que la carne y los huesos del imperialismo es la economía. Otros, más idealizados o más ingenuos, aseguran que ya no hay imperialismo sino globalización, y esto gracias a la antigua creencia de que cambiar el nombre de las cosas no sólo altera su identidad sino que de ese modo se suprimen sus características, olvidando que "una cosa es la suma de sus efectos"¹, efectos cambiantes, como lo hubiera corregido Heráclito.

Ciertamente, se ha llegado a la concentración del capital financiero recorriendo intrincadas formas de inversión de la mercancía dinero, de préstamos al interés compuesto, como los del Fondo Monetario Internacional, de apropiación del trabajo mundial, de territorios, y de conciencias porque esta es una cultura en la que todo se compra y se vende siempre que el precio sea el adecuado. Y sin violar la ley, porque las leyes han sido previa y oportunamente establecidas.

En América Latina son clásicas estas formas de usar la mercancía dinero, acompañadas de las llamadas intervenciones políticas, militares, sumamente democráticas, para apropiarse de territorios ajenos o tan sólo para implantar bloqueos, golpes de Estado, asesinatos, secuestros, todo ello garantizado por el derecho internacional. Sin embargo, el imperialismo no es la *escoba de la bruja* sólo en América Latina. En muchos lugares del planeta ha sembrado la muerte de millones de seres humanos, la muerte ecológica y la muerte de sus culturas. Lo de Vietnam aún no ha entrado en el baúl de los olvidos, y los dos Bush, autores de la destrucción de Irak, aún viven tratando de justificar sus crímenes con el argumento de que destruyeron al país autor de las Mil y una Noches para salvar a la humanidad.

Y lo más lamentable consiste en que quienes se declaran anti-imperialistas a ultranza, quienes fueron amigos de Sadam Hussein, ni siquiera han condenado el genocidio en la cómoda sala de conferencias de la ONU. Pero se sigue alardeando, a grito herido, de algo llamado revolución anti-imperialista. Tanto han hablado y tanto se ha escrito al respecto que si las acusaciones no fueran impunes, el imperialismo ya no sólo sería una mala palabra. Tampoco esa especie de sarna que te rascas y te rascas hasta que te hieres y la herida se infecta, corriendo el peligro de que te vuelvas paranoico porque no paras de rascarte, como si rascarse fuera una vocación o una forma de vida.

¹ Nietzsche, *Voluntad de Poder*, Biblioteca Edad, Madrid, 1998, párrafo 551.

La lucha verbal contra esta sarna, en América Latina es la sustancia de la ideología de la libertad, de la justicia, de la felicidad. Incluso se ha llegado al convencimiento de que la desidia, la irresponsabilidad, el populismo, el clientelismo, las devaluaciones crónicas, la corrupción administrativa, la represión contra la oposición, el pésimo funcionamiento de los tribunales de justicia, la horrenda administración de los dispensarios del seguro social, son el resultado inevitable de la acción imperialista.

Los frutos de esta discursividad existencial han sido pobrísimo en cuanto a su calidad y estériles en lo referente a un cambio de comportamiento por parte del imperio. No nos hace caso. Nos ignora. Se burla. Nos visitan los marines. Y si no, veámonos en el espejo de la Cuba revolucionaria, enfrentándose durante cuarenta años contra el imperio gringo. Ha triunfado Cuba, ciertamente, si triunfar significa haber impedido que los marines invadan su territorio. Ha vencido si vencer quiere decir haberse levantado por encima de la humillación, de un bloqueo de cuarenta años, guiados por ese heroísmo del patria o muerte porque morir por la patria es vivir. Todo eso a cambio de la miseria de su población donde miseria no quiere decir ni pobreza ni analfabetismo sino falta de perspectivas; miseria no significa carencia de comida, sino eso de vivir con miedo, eso de comer a salto de mata, desprovistos del talante del recreo. Y la libertad alcanzada no es completa si no permite generar nuevos valores en los múltiples aspectos de la existencia, si sólo se limita a la unidimensional obsesión sintetizada en el grito de patria o muerte, tanto más que el moderno concepto de patria es un invento del propio capitalismo.

¿Victoria pírrica? Puede ser. La historiografía, o el mito, qué más da, dicen que Pirro ganó una batalla en la que murieron todos sus enemigos. En su ejército, en cambio, sobrevivieron poquísimos soldados. Ante semejante saldo, dicen que Pirro dijo: "otra victoria como esta y estoy perdido".

En sentido estricto, Vietnam fue el único país que derrotó política y militarmente a Estados Unidos. Los vencedores se ganaron el aplauso mundial. El Che Guevara propuso la creación de otros dos, tres Vietnams para acabar de una vez por todas con el imperialismo. Pero después de la victoria, hoy en día los vietnamitas se han asociado con sus antiguos enemigos para producir café en gran escala, compitiendo con tradicionales productores de café en América Latina.

Lo que pasa es que el imperialismo de nuestros tiempos no sólo es su capital financiero y el monopolio de determinadas mercancías. Si así fuera, tendríamos que hablar del imperialismo japonés, del imperialismo chino, y ¿por qué no?, del imperialismo brasileño. Pero estamos hablando, aquí, del imperialismo cuyas fronteras están determinadas por el alcance de sus misiles y de los cañones de su Séptima Flota. También de la preponderante influencia de su cine y de

sus vídeo tapes porque ese imperialismo es primordialmente una forma de cultura cuyos valores fundamentales son el culto al dinero, al trabajo, al poder y a la silla eléctrica. Es una cultura donde su derecho nacional, por ejemplo, es un derecho con jurisdicción internacional, como lo reconoció el Presidente Clinton. Allí, en esa atmósfera cultural, la ciencia, no es el saber escrito en miles de libros, sino proyectos encaminados a resolver problemas de producción, de salubridad; problemas militares para el ejercicio de su dominio universal, e incluso del espacio exterior. Una cultura avasalladora hasta el punto de que estamos colonizados mentalmente en nombre de la ciencia, de la técnica, gracias a la insulsa anti-imperialista que creen que el dominio imperial se da solamente en la compra-venta de chucherías, o en las de cuando en cuando intervenciones de sus marines.

Forma parte de la cultura imperial la invención del Internet, de los computadores y de los televisores planos. También la globalización, así bautizada por Ronald Reagan, y que hoy en día la discuten los letrados del mundo, tratando de averiguar qué es y cómo utilizarla en beneficio propio. Paul Zweezy dijo que la plusvalía, ésta que le permitió a Marx fundamentar su teoría de la revolución, no sólo era el excedente producido por cada uno de los obreros para que le expropiara el patrono, sino también la capacidad de producir misiles para viajes interplanetarios y para amenazar a la población de nuestro planeta.

La democracia es parte significativa de la cultura imperial, la democracia electoral y representativa, desde luego, incluidos los derechos del hombre. Todos la invocan, incluidos los anti-imperialistas más mediáticos, y Estados Unidos la usa de parámetro para medir y vigilar a los países soberanos.

Los estudiantes del mundo se sienten realizados si les es posible estudiar en alguna universidad estadounidense. Cuando regresan con sus títulos, consiguen los mejores empleos, como si fuesen letrados de mayor cuantía.

Los libros y revistas que se publican en USA son bien recibidos en el exterior sean o no best-sellers. Además, casi son obligatorios en el mundo académico porque se presupone que son escritos por gente que anualmente ganan el premio Nobel de la ciencia. Esos sí que saben.

Y del poder imperial forma parte el llamado *lobby*, una especie de sala de espera donde se reúnen los afligidos, los desesperados, los que mendigan los favores del imperio. Empresarios, grandes hombres y representantes de los gobiernos de América Latina, incluidos los anti-imperialistas, gastan buena parte de su erario en honorarios para miembros del Senado de USA. No es fácil entrevistarse con los omnipotentes del imperio, así que también deben pagar a intermediarios especializados en obtener ese tipo de entrevistas. Y todo eso para

que los todopoderosos de USA decidan o no lo que conviene a los países soberanos del sur continental.

Eso mismo ocurría hace dos mil años en el Senado de la Roma Imperial.

Lo contrario del imperialismo es la soberanía nacional, entendida como la capacidad y la decisión de un Estado de transitar por los caminos que más le convengan a su población. Y la poesía nos ha enseñado que los caminos se hacen caminando, y quizás sea la ciencia la que nos aconseja que se deba ir precisando cada vez más y más los propósitos, las teorías, las modalidades de la acción. Es decir que la soberanía nacional no es lo dado, así conste en la constitución de la república; hay que construirla día a día, y no sólo comprando aviones y fusiles de mayor poder de fuego. Esa es una soberanía menguada, la de los militares.

El pueblo no es soberano por el solo hecho de ser pueblo, menos aún porque el populismo adulator así lo proclame. Ser soberano no sólo es votar en los procesos electorales. Soberanía, es, más bien, auto-realizarse poniendo en juego la inteligencia creadora que posee todo ser humano; es transformar el mundo y transformarse a sí mismo mediante la praxis. Propiciar esos desenvolvimientos es una de las trincheras del anti-imperialismo.

La guerra no es la única vía para dirimir entuertos, y la guerra, por otra parte, no sólo es una confrontación a cañonazos. Además, el estado normal de las relaciones sociales y de las relaciones interestatales es la guerra fría. Esa guerra también se llama la política.

Y la paz no sólo es un cruzarse de brazos.

Peter Drucker (1999), LA SOCIEDAD POSCAPITALISTA

Editorial Sudamericana, Buenos Aires.

Original: *Post Capitalist Society*, 1992

Peter Drucker es uno de los teóricos más influyentes de nuestro tiempo en el campo de los negocios, la gestión y la administración. Es autor de numerosos libros sobre esta práctica económica, entre los cuales cabe destacar: "El ejecutivo eficaz", "Las nuevas realidades", "La sociedad poscapitalista", "La administración en una época de grandes cambios", "Gerencia para el futuro: el decenio de los 90 y más allá".

El tema del libro que reseñamos está referido a la profunda transformación que está viviendo el mundo hoy y que no es otro que la creación de una sociedad poscapitalista. Según Drucker, cada dos a tres siglos se produce en la historia de Occidente una súbita transformación cuando se cruza lo que el autor llama una "divisoria": "En el espacio de unas cuantas décadas, la sociedad se reestructura a sí misma, cambia su visión del mundo, sus valores básicos, su estructura política y social, sus artes y sus instituciones clave. Cincuenta años más tarde hay un nuevo mundo y quienes nacen entonces no pueden siquiera imaginar el mundo en que vivieron sus padres. En estos momentos estamos viviendo una transformación así".

Drucker hace referencia al comienzo del libro en tres grandes divisorias anteriores: siglo XIII, siglo XV y Siglo XIII.

1. *Siglo XIII*: La ciudad como nuevo centro económico del mundo europeo; el surgimiento de los gremios como nuevos grupos sociales dominantes; el renacer del comercio entre grandes distancias; el arte Gótico como arquitectura particularmente urbana; vuelta a Aristóteles como fuente primigenia de sabiduría; universidades urbanas que sustituyen a los monasterios como centros del saber; nuevas órdenes urbanas –dominicos y franciscanos- como portadores de religión, saber y espiritualidad; paso del latín a las lenguas vernáculas; nueva pintura en Siena y creación de una literatura europea con el Dante.

2. *Siglo XV*: Invención de la prensa de tipo móvil en 1455 por Gutenberg y con ella el libro impreso; Martín Lucero y la Reforma Protestante; el Renacimiento y su esplendor en Florencia y Venecia entre 1470 y 1500; descubrimiento de América en 1492; creación de la infantería española, primer ejército permanente desde las legiones romanas; adopción en Occidente de la numeración arábica; la investigación científica con el desarrollo de la anatomía.

3. *Siglo XVIII*: La máquina de vapor de Watt, la Revolución Americana y la publicación de "La riqueza de las naciones" de Adam Smith, todos en el año

1776. En las siguientes décadas: la Revolución Industrial; la universidad moderna; la escolaridad universal; la emancipación de los judíos; el poder económico de los Rothschild.

Pues bien, para Drucker nuestro tiempo es nuevamente un período de transformación en un escenario que no se limita a la sociedad y a la historia “occidentales” en tanto que no existe hoy una civilización occidental y una historia occidental.

En una entrevista que le hicieran a Peter Drucker en el año 1989, publicada al comienzo de su libro *“Gerencia para el futuro. El decenio de los 90 y más allá. (Managing for the future, 1993)”* comenta: “La mayor parte de las cosas que aceptamos como axiomas ya no se ajustan a la realidad presente”. Y acude al concepto, creado por él, de “una divisoria” para explicarlo: “La razón de la confusión actual es que en algún momento entre 1965 y 1973 atravesamos una “gran divisoria” y entramos en el siglo siguiente, dejando atrás las creencias, los compromisos y las alineaciones que habían dado forma a la política durante uno o dos siglos”. En esta entrevista encontramos importantes puntos que son desarrollados por Drucker en el libro que reseñamos.

Siguiendo con la entrevista a Peter Drucker: La última “divisoria” se había cruzado un siglo antes, en 1873. El *siglo liberal*, en el cual la doctrina política dominante fue el *laissez-faire*, se inició en 1776 con la publicación de “La riqueza de las naciones” de Adam Smith, y se cerró con la quiebra de la bolsa de valores de Viena y los pánicos financieros de París, Londres, Francfort y Nueva York en 1873. A los diez años de la quiebra del Banco de Viena, el canciller alemán Otto von Bismarck había creado el seguro nacional de salud y el seguro obligatorio de vejez. A los veinte años los socialistas se habían convertido en una gran fuerza política en los principales países de Europa continental. En Estados Unidos, en los años 80 del siglo XIX se creó la Comisión de Comercio Interestatal para reglamentar los ferrocarriles, las leyes antimonopolio y las primeras leyes estatales para reglamentar los valores de la bolsa.

En la primera mitad del siglo XX se vio el poder irrestricto del Estado en los casos de Hitler, Stalin, Musolini y Mao, en contraposición a las restricciones democráticas y jurídicas del poder del Estado en Estados Unidos, Europa y Japón en la posguerra.

Y el período 1968-1973 marca también una “divisoria” comparable a 1873, cuando finaliza la era en la cual el gobierno representaba la causa “progresista”.

La vida económica ha tomado entonces una nueva configuración: 1. La economía de las materias primas se ve desligada de la economía industrial. 2. La

manufactura se está desligando de la mano de obra. 3. La economía “real” de bienes y servicios se ha desvinculado de la economía monetaria. 4. El comercio complementario y el comercio competitivo se han reemplazado por el comercio de adversarios que estimula el proteccionismo. 5. La inversión interior no sigue al comercio. A los inversionistas les es fácil producir en el exterior e importar al mercado interno en lugar de producir en el país y exportar.

Abandonamos la entrevista y regresamos al libro: “Es discutible si la actual transformación se inició con el advenimiento, alrededor de 1960, del primer país no occidental, Japón, como gran potencia económica, o con el ordenador, esto es, con el dominio de la información”. Como puede verse Drucker da en la entrevista una fecha (1965-1973) y unas causas (la “crisis del petróleo, el dólar flotante y la rebelión estudiantil en todo Occidente) del inicio de la última “divisoria” diferentes a las dadas en “La sociedad poscapitalista”. Pero esto no es lo significativo ni tampoco lo importante. Lo significativo y lo importante es que estamos viviendo un proceso de transformación: “Todavía estamos claramente en medio de esta transformación; si nos dejamos guiar por la historia, no se completará hasta el 2010 o el 2020, pero el paisaje político, económico, social y moral del mundo ha cambiado ya. Nadie nacido en 1990 sería capaz de imaginar el mundo en el que crecieron sus abuelos (esto es, mi generación) o el mundo en que nacieron sus padres”.

La sociedad poscapitalista será, para Drucker, una sociedad no-capitalista y no-socialista, pero no acapitalista ni anti-capitalista. Será una “sociedad instruida” y una “sociedad de grandes organizaciones” -oficiales y privadas- que necesariamente operan en virtud del flujo informativo.

La periodificación de las “divisorias” de Drucker no obedece a criterios genéricos o alguna filosofía de la historia. Drucker no es historiador académico. Como economista, contemporáneo de Paul Samuelson, es un teórico pragmático de la gestión. Es de resaltar que las “divisorias” dentro de este largo período de un poco más de dos siglos, “La Revolución industrial”; la “Revolución de la productividad”, la “Revolución de la gestión” y, por último, la actual, la “Revolución del saber”, dicen más que la “Primera revolución industrial”, la “Segunda revolución industrial” y la “Tercera Revolución Industrial” de Ernest Mandel o de Lester Thurow (*Construir riqueza*, Vergara, Argentina, 2000. Original: *Building Wealth*, 1999).

La gran “divisoria” de Drucker, siglo XVIII al siglo XX puede ser contrastada con otras visiones teóricas e históricas de la economía. Y así vemos que la gran “divisoria” de Drucker cumple condiciones tanto shumpeterianas como marxista.

Condición schumpeteriana. Desde la revolución industrial, que se inicia en el tercer tercio del siglo XVIII en Inglaterra hasta la segunda mitad de la década de los 90 del siglo XX, el capitalismo industrial se desenvuelve en un modo de ondas largas de unos 50 años impulsadas por olas de "innovaciones". Cuatro ciclos de onda larga (ciclos de Kondratieff) se han observado en el marco de condiciones del capitalismo industrial. La respuesta de Joseph Schumpeter a la pregunta de si podrá sobrevivir el capitalismo es negativa porque el propio desarrollo del capitalismo tiene límites.

Condición marxista. A partir de la revolución industrial se desarrolla un proceso de "acumulación del capital" en el cual una parte importante de la "pluvalia" realizada (metamorfoseada en "ganancias") revierte a la esfera de la producción en un proceso de "reproducción ampliada del capital". El marco de condiciones de la acumulación del capital es el capitalismo industrial. Las transformaciones desde el siglo XIII y XV hasta el siglo XVIII es para Marx un proceso de "acumulación originaria" del capital. La acumulación del capital es finita y el capitalismo ha de ser superado.

Lo que cierra la "divisoria" de la década de los noventa, según la tesis de Peter Drucker, es la era del "capitalismo industrial. De suerte pues que la "sociedad poscapitalista", la sociedad del conocimiento, la sociedad instruida se muestra como la "sociedad posindustrial".

Dice Drucker: "Las respuestas a la mayoría de las preguntas siguen estando escondidas en gran parte en el seno del futuro; lo único que podemos estar seguros es de que el mundo que surja del presente reordenamiento de valores, creencias, estructuras sociales y económicas, sistemas e ideas políticas, será diferente de cualquier cosa que nadie imagine hoy". "El libro se centra en las transformaciones de los países desarrollados, Europa, Estados Unidos y Canadá, Japón y los países de desarrollo reciente en el continente asiático, más que en los países en vías de desarrollo del Tercer Mundo". Es ésta, entonces, una "transformación sólo del primer mundo basada en la "tradición occidental".

Para Drucker pudieran darse milagros económicos dentro de una o dos décadas por los cuales países pobres y atrasados del Tercer Mundo se transformen. En las regiones costeras y urbanizadas del territorio chino; los países de mayor tamaño de Latinoamérica, Argentina, México, Brasil; los antiguos países comunistas de Europa del Este. Nada dice de la India.

La posición" de Drucker pudiera pecar de ser demasiado centrista y es posible que no pueda imaginar el mundo en el que crecerán sus nietos y nacerán sus bisnietos.